



Oralidad y palabra en el *Popol Vuh*



JEAMPIERRE MENDOZA

El *Popol Vuh* es un texto maya que describe la historia del pueblo quiché desde la creación del mundo y de los primeros hombres hasta 1550, año en que la mayoría de los reinos guatemaltecos habían sido conquistados por el imperio español. Este documento mítico e histórico, escrito originalmente en lengua quiché bajo el alfabeto latino, no cuenta con autor conocido¹. Es

probable, sin embargo, que haya sido escrito entre los años 1554 y 1558 (Recinos 2012: 108). Posteriormente, llegó a manos del fraile Francisco Ximénez, quien lo tradujo por primera vez al castellano después de haberlo descubierto en el curato donde oficiaba. Sobre su origen, Maarten Jansen observa que “el texto [...] reproduce «la antigua palabra» (oher tzihi), es decir el discurso o parangón tradicional sobre el pasado, que, según

la introducción, estaba contenido en un libro original (nabe vuhil), escrito con los jeroglíficos antiguos (oher tziham), pero perdido” (Jansen 1997: 2).

A pesar de ser un texto escrito, una de las características centrales del *Popol Vuh* es su oralidad, tanto en la forma como en el contenido. Este trasfondo oral puede explicarse por la raíz ancestral de los relatos que lo componen, pero no siempre es fácilmente distinguible,

debido a las intervenciones que supone el traslado de las tradiciones orales a la escritura, es decir, la textualización de la memoria (Salomón 1994). Por ello, desde los estudios académicos se han realizado diversos esfuerzos por resaltar la oralidad subyacente del libro. Sin embargo, estas investigaciones se han ocupado principalmente de su dimensión formal y han enfatizado los recursos lingüísticos que reflejan la inmediatez comunicativa propia del discurso hablado (el polisíndeton, la repetición, la acumulación o la fórmula mnemotécnica), descuidando el simbolismo y la cosmovisión reflejados en el relato.

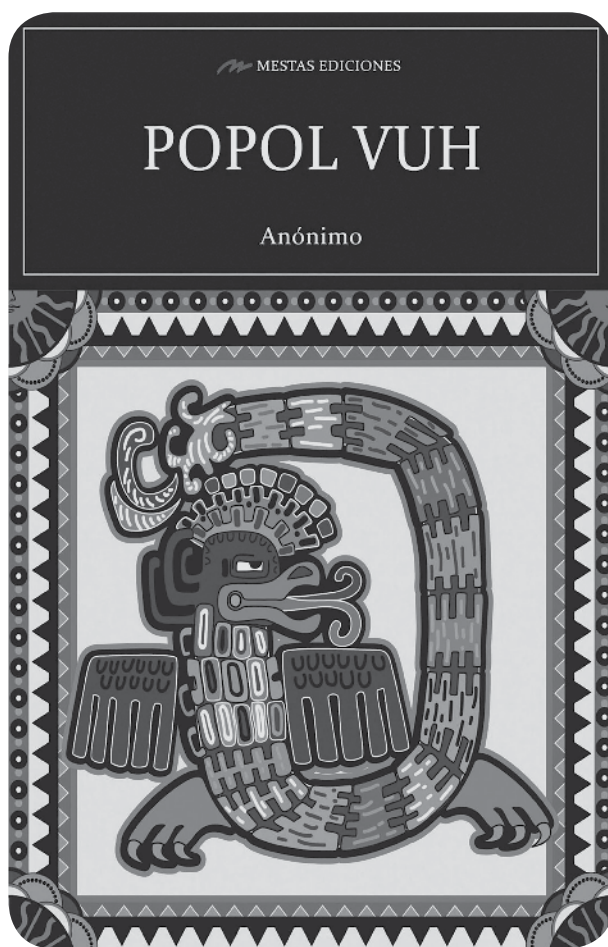
En ese sentido, el propósito de este ensayo es destacar la oralidad del texto atendiendo a su contenido, y, específicamente, a un aspecto: la representación de la palabra. ¿Cuál es el rol que se le asigna a esta y cómo este rol refleja el sustrato profundamente oral que anima las páginas del manuscrito? ¿Cómo la representación de la palabra nos permite visibilizar en este libro una cultura oral subyacente a los procesos de textualización? Nuestra hipótesis es que el *Popol Vuh* evidencia una noción de la palabra como “acción” y “poder”, dos conceptos desarrollados por Walter Ong (2006) en su estudio sobre las culturas orales. Es decir, la palabra es concebida como un ente formador que tiene la facultad de moldear la realidad.

Es importante señalar que, a pesar de su importancia, el tema de la palabra no ha sido prioritario en las investigaciones sobre

el manuscrito. Asimismo, de la bibliografía consultada para este trabajo, los pocos autores que se han ocupado del tema, o bien no han observado el trasfondo oral subyacente en el rol que la palabra posee en el *Popol Vuh* (trasfondo que le da a la palabra su razón de ser) como Curti (s/a), González (1994), Sánchez (1999); o bien,

la palabra, en el estatus esencial que se le confiere.

Ahora bien, la representación de la palabra en el libro proviene de una experiencia originaria del mundo, de una forma espontánea de vivenciar la realidad que podemos denominar oral. Por lo tanto, no debemos asumir que necesariamente hay una voluntad sistemática de teorizar sobre la palabra, sino, más bien, que la representación de la misma emana naturalmente de la visión del mundo de los quichés. Por lo tanto, como en toda producción cultural, el tema se encontrará plasmado tanto de forma consciente como inconsciente a lo largo del texto. De esta manera, nos proponemos abordar el estudio de la palabra atendiendo tanto a su presencia explícita (por ejemplo, cuando el texto la menciona y trata directamente) como a su presencia implícita (cuando no se la señala, pero la narración refleja una concepción interiorizada en torno a ella). En ese sentido, en suma, queremos comprender qué dice el libro sobre la palabra, y qué dice la palabra sobre el *Popol Vuh*.



Popol Vuh.

observándolo, lo han tratado someramente, por no constituir el tema central de sus indagaciones, como Henríquez (2003). Por eso, es una tarea necesaria abordar este tema con suficiente rigor a fin de sumar esfuerzos en la búsqueda de los rastros de oralidad en el *Popol Vuh*, partiendo de la premisa de que probablemente uno de los más claros reflejos de esta se encuentra en la representación que se hace de

1. CULTURAS ORALES

Si nos proponemos vincular la performance de la palabra en el *Popol Vuh* con las raíces culturales (orales) del mismo, debemos esclarecer primero qué es una cultura oral, y cómo concibe esta cultura la naturaleza de la palabra. Grosso modo, solemos entenderla como una civilización que no ha

desarrollado la escritura como parte de sus medios de expresión simbólicos. Sin embargo, según Walter Ong, esta es solo una de dos clases de cultura oral distinguibles, las cuales pueden ser primarias o secundarias. Una primaria es aquella "...sin conocimiento alguno de la escritura o aun de la posibilidad de llegar a ella" (2006: 38), mientras que una secundaria, aquella que ha desarrollado la escritura, pero que mantiene profundas bases orales.

Si revisamos la historia del pueblo quiché, veremos que puede considerarse del primer tipo hasta el momento de la conquista española, la cual marca el inicio de la alfabetización de los indígenas americanos². Antes de la conquista, el modo de transmisión del saber fue puramente oral. "Los historiadores Acosta, Clavijero e Ixtlilxóchitl refieren que los indios aprendían a recitar las arengas más notables de sus antepasados y los cantos de sus poetas y que unas y otras se enseñaban a los jóvenes en las escuelas anexas a los templos, y de esta manera se transmitían de generación en generación", comenta Recinos (2012: 92). Pero es notable también que, aún después del conocimiento de la escritura a raíz del dominio europeo, el modo de vida oral perdura en la cultura indígena, convirtiéndose en cultura oral secundaria:

Para los naturales de Guatemala era muy duro renunciar a las tradiciones de sus antepasados, y por mucho tiempo, después de la Conquista, continuaron haciendo sus bailes, en los que cantaban episodios de su historia y recitaban pasajes de su mitología. El obispo Las Casas, escribiendo a raíz de la Conquista, aproximadamente en 1540, dice... que "en algunas

partes no usaban desta manera de escribir, sino que la noticia de las cosas antiguas venía de unos en otros de mano en mano", y que cuatro o cinco, o quizá más, de los que se aplicaban al oficio de historiadores, se instruían en las antigüedades, aprendiendo de memoria todo lo perteneciente a la historia y recitándolo entre ellos (Recinos 2012: 92).

De manera que la oralidad, tanto antes como después del conocimiento de la escritura, constituye la base de la cultura quiché. Este trasfondo es visible en el *Popol Vuh*. En algunos pasajes, advertimos la consciencia que se tenía sobre la esencia oral del manuscrito. En la introducción, por ejemplo, se declara lo siguiente: "Este libro es el primer libro, pintado antaño, pero su faz está oculta [hoy] al que ve, al pensador" (Anónimo 1929: 5). Los editores de 1929, en la sección "Breve Noticia", señalan que las anteriores palabras conducen a "... pensar que no está oculta para el que, sin ver, conserva dicha faz en la memoria y la transmite oralmente" (Anónimo 1929: 2). En efecto, se está vinculando la aprehensión de la "faz" del manuscrito no con la lectura ("al que ve"), sino con la audición y la memoria (lo oral); de manera que el autor repara que, en su tiempo, la experiencia original del *Popol Vuh* no es accesible a los letrados y lectores ("al pensador"), puesto que tal experiencia pertenece a las dinámicas de la tradición oral, al universo vivencial de una cultura ágrafa. En este punto, la interrogante que surge es qué diferencias, al parecer sumamente significativas, está estableciendo el autor entre la experiencia oral del relato y la experiencia lineal, impersonal y, sobre todo, inaudible (es decir, carente de la acción performativa

de la palabra hablada) propia de la lectura. Ya desde el principio del manuscrito se advierte una valoración de la palabra hablada como una entidad singular asociada con la experiencia del mundo propia de la cultura ágrafa nativa.

El *Popol Vuh*, por lo tanto, es un relato de raigambre hondamente oral, cuyo dinamismo trasciende la fijación inanimada de la escritura. Sin embargo, como se mencionó anteriormente, este enraizamiento es perceptible también a través del tratamiento explícito que la palabra recibe en este libro.

2. PALABRA Y CULTURA ORAL

A fin de desarrollar este aspecto, revisemos primero en qué consiste la palabra en las culturas orales. Diversas son las razones por las cuales tiene un estatus prominente en estas culturas³; sin embargo, nos centraremos en cómo es entendida o, más precisamente, en cómo es experimentada por estas. Según Ong, las culturas orales conciben la palabra "como, por necesidad, hablada, fonada, y, por lo tanto, accionada por un poder" (2006: 39). La palabra articulada (hablada), al ser expelida al viento como sonido, constituye un gran acontecimiento, una irrupción numinosa y, por tanto, se encuentra revestida de un poder. Por ello, Ong considera que la palabra, en las culturas orales, es "acción" y "poder". "La gente que está habituada a la letra escrita se olvida de pensar en las palabras como primordialmente orales, como sucesos, y en consecuencia como animadas por un poder", afirma Ong (2006: 39).

Pues bien, en el *Popol Vuh* esta concepción de la palabra es palpable de diferentes modalidades. En primer lugar, leamos el siguiente

pasaje, incluido en la narración de los momentos preliminares a la Creación, cuando no había nada sobre la Tierra, salvo cielo y mar, y todo dormía en profundas tinieblas, silencio e inmovilidad, sin ninguna presencia de vida. Todo permanecía de este modo hasta que

Entonces vino la Palabra; vino aquí de los Dominadores, de los Poderosos del Cielo, en las tinieblas, en la noche; fue dicha por los Dominadores, los Poderosos del Cielo; hablaron: entonces, celebraron consejo, entonces pensaron, se comprendieron, unieron sus palabras, sus sabidurías. Entonces se mostraron, meditaron, en el momento del alba; decidieron [construir] al hombre, mientras celebraban consejo sobre la producción, la existencia, de los árboles, de los bejucos, la producción de la vida, de la existencia, en las tinieblas, en la noche [...]. Entonces celebraron consejo sobre el alba de la vida, cómo se haría la germinación (Anónimo 1929: 5).

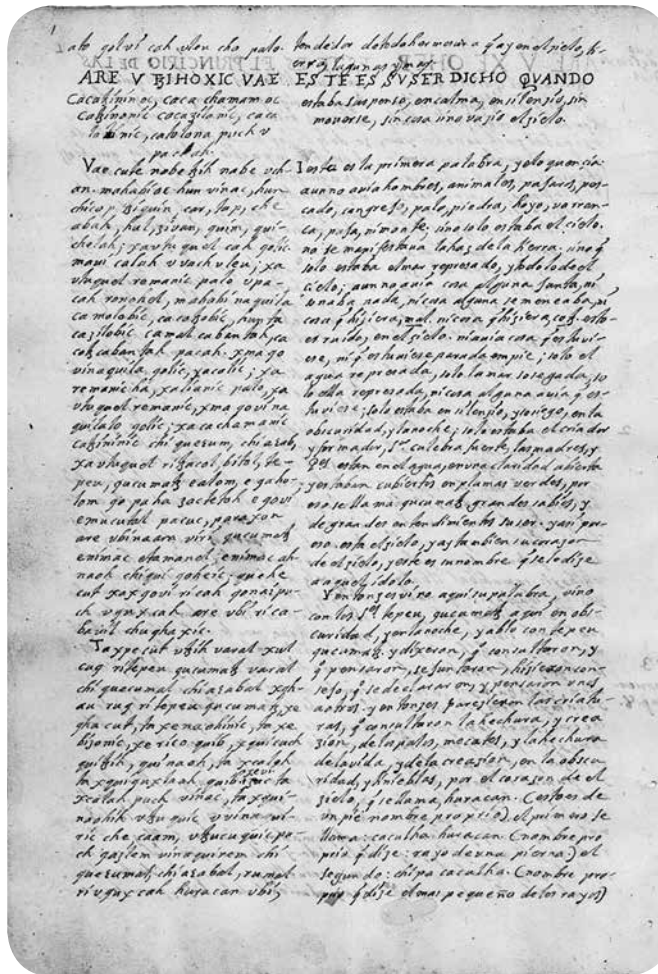
Aquí asistimos a la aparición de la Palabra; esta adviene, irrumpe, emana. Es emitida por parte de las deidades a fin de que estas puedan conferenciar sobre el proceso de creación del hombre y del mundo tal como lo conocemos (o como lo conocían los quichés). Esta aparición se presenta

como una gran acción, sin duda un Gran Acontecimiento; además está vinculada con la divinidad. La mitología que el pueblo quiché ha tejido en torno a sus orígenes, de este modo, es un testimonio de cómo su concepción del mundo está permeada directamente por las bases orales de su cultura. Como se observa, además, la palabra es aquí

Ong "...no puede manifestarse sin intercesión del poder" (2006: 39). Ong ejemplifica esta afirmación al decir que si un cazador oye un búfalo, mucho le convendría estar alerta, dado que "...todo sonido, y en especial la enunciación oral, que se origina en el interior de los organismos vivos, es «dinámico»"; es decir, "algo está sucediendo", en tanto la palabra que acontece es indicador de un agente de poder (2006: 39). Será importante notar entonces cómo esta concepción de la palabra está siendo trasladada a la narración mitológica de la aparición de la misma como medio de deliberación de los dioses. Si un búfalo alberga poder por su capacidad de emitir sonidos animales (que en el manuscrito son sonidos imperfectos frente a la palabra humana), podemos imaginarnos la inmensidad y la resonancia de la emisión de las palabras por parte de las deidades. Por tanto, la aparición de la palabra en el *Popol Vuh* se produce mediante la intercesión de un poder máximo. Podría considerarse, de esta manera, que la palabra, tal como es vivida en las culturas

orales, ha sido *performada* (Bauman 1975) en el mito quiché de la Creación; es decir, que este relato es la expresión simbólica, escenificada y superlativa de una forma de vivir la palabra en las culturas orales.

Una segunda modalidad es que la Palabra, además de ser el medio de conferencia entre los dioses, es un instrumento inmediato



Interiores del *Popol Vuh*. Dos columnas: la lengua quiché y la traducción de Francisco Ximénez.

el medio por el cual deliberan los dioses sobre el proceso de la Creación, lo que implica que aquella es el medio de comunicación de las deidades. Esta asociación inicial confiere un poder supremo a la palabra, al otorgarle un origen y una sustancia material divina. El sonido, especialmente la palabra, en las culturas orales, según

de Creación: “Luego la tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la tierra: —¡Tierra!— dijeron, y al instante fue hecha” (Anónimo 2012: 171). Aquí, a la palabra se le confiere nuevamente un poder supremo: la creación instantánea de la materia. M. A. Asturias y J. M. González de Mendoza, en las “Notas” de su edición del *Popol Vuh*, brindan una definición de la ‘Palabra’, tal como era entendida por el pueblo aborigen: “La palabra, la palabra de mando, de construcción, de formación, la palabra que instantáneamente da la forma a la materia; la pronunciación del nombre exacto, del nombre «justo de voz», obra sobre la materia, forma, «crea»; habiendo dicho los dioses la palabra justa para tierra, esta nace al instante” (Anónimo 1929: 86). En esta modalidad, la palabra es un medio mágico de creación. La palabra no es solamente un medio utilitario para la comunicación —medio, además, como vimos, en que la palabra como una herramienta comunicativa no es de cualquier tipo: es divina antes que profana—, sino también encierra una magia que, con la pronunciación de la *palabra justa*, crea espontáneamente vida. La palabra justa es, así, una dimensión superior de la palabra, dimensión aparentemente reservada a los dioses⁴. En el pasaje anteriormente citado, por lo tanto, observamos desde un tratamiento distinto del analizado previamente, el estatus poderoso de la palabra en las culturas orales. Según observa Ong: “el hecho de que los pueblos orales comúnmente, y con toda probabilidad en todo el mundo, consideren que las palabras entrañan un potencial mágico está claramente vinculado, al menos de manera inconsciente, con su sentido de la palabra como, por necesidad, hablada, fonada, y, por lo

tanto, accionada por un poder” (2006: 39). Este potencial mágico, de hecho, es aun explícito en la narración del *Popol Vuh*: “Entonces salieron del agua las montañas: al instante salieron las grandes montañas. Solamente por Ciencia Mágica, por el Poder Mágico, fue hecho lo que había sido decidido” (Anónimo 1929: 5). En la edición del manuscrito de Adrián Recinos, se señala, además, que “la expresión puz nual se usaba para indicar el poder mágico de crear o transformar una cosa en otra” (Anónimo 2012: 172), expresión que es usada en el libro maya original para describir la aparición de los elementos naturales en el momento de la Creación.

Por último, una tercera modalidad que adquiere la palabra en el *Popol Vuh* está vinculada con la relación entre los seres humanos y los dioses. La palabra es el medio indispensable que las creaturas deben poseer para ejercer la veneración de sus creadores. La palabra, así como la sabiduría que para el pueblo quiché es indelible de ella, es un derecho y un deber de los seres creados. Los dioses buscan reproducir la Palabra, que poseen como parte de su naturaleza, en sus creaciones, para que estas puedan comprender el mundo y alabar y agradecer a sus hacedores. No obstante, en la intención de dotar de palabra a las creaturas hay continuas falencias, como se observa en los diversos intentos de creación que los dioses llevan a cabo. En el primero, crean a los animales; estos crecen y se diversifican, pero no pueden hablar: “... solamente cacarearon, solamente mugieron, solamente graznaron; no se manifestó [ninguna] forma de lenguaje, hablando cado uno diferentemente” (Anónimo 1929: 7). Por ello, al emitir solo “palabras impotentes”, incumplen el

mandato que les habían fijado los dioses al momento de crearlos: “En adelante decid nuestros nombres, alabadnos, a nosotros vuestras madres, a nosotros vuestros padres. [...] Habladnos, invocadnos, adoradnos” (Anónimo 1929: 7). Ante tal imperfección, los dioses deciden castigarlos condenándolos a servir de alimento de otros seres superiores (los futuros humanos), y son objeto de rechazo por no haber podido satisfacer sus voluntades: “He aquí que seréis cambiados —les dijeron— porque no habéis podido hablar. Cambiaremos nuestra Palabra” (Anónimo 1929: 7). De esta manera, las deidades continúan la deliberación para crear al ser a quien consideran su futuro “sostén”, “nutridor”, su adorador: “Que se pruebe todavía —dijeron. Ya se acerca la germinación, el alba. Hagamos a nuestros sostenes, a nuestros nutridores. ¿Cómo ser invocados, conmemorados, en la superficie de la tierra?” (Anónimo 1929: 7). Entonces pasan al segundo intento: el hombre de barro. Intento que también fracasó por la misma razón (ausencia de palabra y de sabiduría, y, por ende, de posibilidad de adoración). Entonces son destruidos del mismo modo que los hombres de madera en el tercer intento, y los hombres y mujeres que son hechos de ciertas plantas, en el cuarto. Sin embargo, finalmente, los seres deseados llegan a ser creados, aquellos que poseen Palabra y Conocimiento en su naturaleza. La aparición de estos últimos se describe de la siguiente manera:

Entonces tuvieron apariencia humana, y hombres fueron; hablaron, dijeron, vieron, oyeron, anduvieron, asieron: hombres buenos, hermosos; su apariencia; rostros de Varones. La memoria fue, existió. Vieron;

al instante su mirada se elevó. Todo lo vieron, conocieron todo el mundo entero; cuando miraban, en el mismo instante su vista miraba alrededor; lo veían todo, en la bóveda del cielo, en la superficie de la tierra. Veían todo lo escondido sin antes moverse. Cuando miraban el mundo veían, igualmente, todo lo que existe en él. Numerosos eran sus conocimientos. Su pensamiento iba más allá de la madera, la piedra, los lagos, los mares, los montes, los valles. En verdad, hombres a los que [se les debía] amar (Anónimo 1929: 45).

Como observa Beatriz Sánchez (1999), en esta cuarta generación de hombres, en el quinto intento de creación, se alcanza finalmente el “hombre perfecto”, creado a semejanza de los dioses creadores. Posteriormente, estas criaturas serán castigadas no por la ausencia de palabra, sino precisamente por la demasiada similitud que presentan con los dioses. No nos detendremos en este aspecto, aunque debe considerarse que un análisis más amplio podría

iluminar otras aristas sobre la concepción de la palabra en el *Popol Vuh* y sobre la relación entre la esfera divina y la humana en torno a la palabra. Nos centraremos, más bien, en analizar el vínculo entre la palabra, el poder y la necesidad de nombramiento y veneración hacia los dioses por parte del hombre.

En primer lugar, hay que señalar que la palabra confiere poder o jerarquía al hombre. Este ser, no imperfecto como los anteriores, es estimado como un hombre pleno, capaz de lenguaje y pensamiento, es decir, como un ser humano auténtico. Las anteriores creaciones fueron “tentativas de humanidad”. La palabra es lo que ha perfeccionado a este ejemplar de la creación: el resultado es el humano perfecto, quien puede ejercer su dominio sobre las creaciones pasadas. En segundo lugar, en cuanto a los dioses, ahora que estos pueden ser nombrados y venerados por sus súbditos, también se ven completados por el poder de adoración que la palabra, recién en este momento, puede actuar hacia ellos. Antes, les habían dicho a los animales desprovistos

de palabra: “Nuestra adoración es imperfecta si vosotros no nos invocáis”, y se preguntaban: “¿Habrás, podrá haber adoración, obediencia, en los [seres] que haremos?” (Anónimo 1929: 7). Estas palabras demuestran un aspecto interesante de los dioses: hay un vacío que necesita ser cubierto para que los dioses mismos alcancen el grado de perfección divina (“Nuestra adoración es imperfecta si vosotros no nos invocáis”). De modo que, una vez aparecido el hombre perfecto, se constituye simultáneamente la perfección de los dioses; ambos procesos de plenitud se deben al *poder transferible* que entraña la Palabra. Se desprende de ello un elemento adicional: la relación en apariencia absolutamente jerárquica entre divinidades y hombres está matizada, puesto que, los dioses dependen de las criaturas para alcanzar su plenitud. Y, desde luego, recíprocamente, las criaturas necesitan de la participación en la Palabra (que los asemeja a las deidades) y la capacidad de (re)conocimiento y veneración de sus creadores para ser plenos como humanos.



Ilustración inspirada en las historias del *Popol Vuh*. Foto: Guatemalan Art.

Este aparente —caso discutible— poder que los hombres parecen “tener” sobre los creadores puede explicarse mediante la referencia a la cultura oral. Si bien la veneración hacia los dioses completa el poder de estos, al mismo tiempo este acto confiere a las creaturas venerantes un cierto poder sobre aquellos debido al importante hecho de que *los han nombrado*. Según Walter Ong, “los pueblos orales comúnmente consideran que los nombres (una clase de palabras) confieren poder sobre las cosas. [...] Primero que nada, los nombres efectivamente dan poder a los seres humanos sobre lo que están nominando” (2006: 39). Dioses y hombres adquieren y confieren poder mediante la Palabra. Es decir, el poder que otorga el uso de la misma es recíproco. De esta manera, observamos que la palabra es un pilar fundamental del universo quiché, lo que conecta al *Popol Vuh*, como las demás modalidades de la palabra consideradas, con una cultura de sustancia oral.

En suma, esta modalidad de la palabra, donde el ser humano perfecto es aquel que tiene la capacidad de emplearla y así empoderarse, es una forma de enfatizar, a través del mito, de forma no necesariamente consciente, cómo el humano de una cultura oral no concibe la realidad sin la palabra. El ser humano no es pleno si está desprovisto de ella. La presencia de la palabra, elemento de poder y sabiduría, perfecciona al hombre; su ausencia, lo deshumaniza. Es su presencia o ausencia lo que distingue al género humano de otras especies y reinos. En ese sentido, en la cultura oral que se revela en el *Popol Vuh*, la palabra es una característica esencial para la definición del ser humano —lo justifica ontológicamente—, y no es tal si está desprovisto de ella o no la ejerce —como agente y como

decodificador— y decodifica su sentido, su acción, su poder, su presencia; es decir, como sujeto de experiencia de la Palabra.

3. CONCLUSIÓN

Hemos analizado el tratamiento de la palabra en el *Popol Vuh* y establecido sus conexiones con la cultura oral. La Palabra es poder (crea); asimismo, aparece mediante la intercesión de un poder (los dioses, paradigma máximo de potestad); y otorga poder (los dioses se ven perfeccionados, así como los humanos, cuando estos pueden nombrar, conocer, recordar y venerar a aquellos, al mismo tiempo que, gracias a este nombrar, los humanos adquieren cierto poder sobre sus creadores: en cierta medida, son esenciales para los dioses, pues, además de convertirlos en objetos de veneración, son sus “sostenes”, sus “nutridores”, como son llamados por ellos).

Estas dimensiones revelan una idea de la palabra como “acción” (es un gran acontecimiento, tanto al aparecer en la concertación de las deidades como al aparecer, finalmente, tras varios intentos, en el alma de la criatura humana) y “poder” (acción performadora, moldeadora, perfeccionadora) de acuerdo con la concepción de Walter Ong. La palabra, entonces, tal como es tratada en el *Popol Vuh*, enraíza directa y profundamente al manuscrito con la cultura oral del pueblo quiché, aquella prominente nación desarrollada durante el viejo imperio maya. La palabra en el libro es una palpación continua de la cultura oral subyacente que demuestra la perdurabilidad de la vida y la esencia de esta cultura pese a la textualización que debieron atravesar sus saberes tradicionales.



Notas

1. Diversas razones se han vertido para explicar este vacío. Adrián Recinos sugiere la posibilidad de que haya habido más de un autor detrás del texto y que, en cualquier caso, no habría habido necesidad de señalar la autoría, dado que el libro es más una recopilación de tradiciones e historias comunes al pueblo quiché que un documento original (2012: 115). También se debe tener en cuenta la observación que hace Julio Forcat: “Antes de la llegada de los europeos no es posible constatar la existencia de pretensiones a la propiedad intelectual personal. El anonimato es la regla” (1976: 26). Con todo, la identidad del autor es todavía un asunto incierto, razón por la cual Recinos concluye que “...el famoso manuscrito tiene que seguirse considerando como un documento anónimo, escrito por uno o más descendientes de la raza quiché, conforme a la tradición de sus antepasados” (2012: 114).
2. Véase la Introducción de Adrián Recinos (2012) a la edición que el autor ha realizado del *Popol Vuh*.
3. Para una descripción sucinta de estas razones, véase Ong (2006: 38-40).
4. Es esclarecedor recordar en este punto, el cuento de Jorge Luis Borges “La escritura del Dios”, ambientado en el mundo maya. En este relato, el protagonista, Tzinacán, adquiere la capacidad divina de moldear y modificar el universo al recibir, por revelación, el lenguaje propio de los dioses que, a diferencia del lenguaje humano, no es fragmentario ni sucesivo, sino unitario y total.

Bibliografía

- Anónimo
XVI [1929] *Popol-Vuh o Libro del Consejo de los Indios Quichés*. Traducción al castellano de Miguel Ángel Asturias y J. M. González de Mendoza de la edición francesa de Georges Raynaud. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- XVI [2012] *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Traducción del texto original, introducción y notas de Adrián Recinos. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Richard
1975 "Verbal Art as Performance Source", en *American Anthropologist*, Vol. 7, Núm. 2, pp. 290-311.
- Curti, Leonor
s/a "Sobre las ideas de "palabra" y "muerte" en el *Popol Vuh*", en *Letra Urbana*, Núm. 6. Consulta: 14 de marzo de 2020. <http://letraurbana.com/articulos/sobre-las-ideas-de-palabra-y-muerte-en-el-popol-vuh>
- Forcart, Julio
1976 "La literatura maya", en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Vol. 5, Núm. 25, pp. 25-48.
- González, José
1994 "La creación en el *Popol Vuh*", en *Revista Latinoamericana de Teología*, Núm. 33, pp. 245-265.
- Henríquez, Patricia
2003 "Oralidad y teatralidad en el *Popol Vuh*", en *Acta literaria*, Núm. 28, pp. 45-62.
- Jansen, Maarten
1997 "La Serpiente Emplumada y el Amanecer de la Historia", en *Cuadernos de Historia Latinoamericana. Códices, Caciques y Comunidades*, Núm. 5, pp. 11-63.
- Ong, Walter
2006 *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Traducción de Angélica Scherp. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Recinos, Adrián
2012 *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Traducción del texto original, introducción y notas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salomón, Frank
1994 "La textualización de la memoria en la América Andina: una perspectiva etnográfica comparada", en *América Indígena*, Núm. 54, pp. 229-261.
- Sánchez, Beatriz
1999 "El poder de la palabra en el *Popol Vuh*", en *Telos*, Vol. 1, Núm. 2, pp. 291-303.

